

sos y de ilustracion que tanta falta hacía en España despues de la tiránica y bárbara dominacion de Fernando VII, y para ir preparando una revolucion política y social, que por último habia de llegar á derribar todas las envejecidas preocupaciones de la monarquía de derecho divino.

En los nuevos Estamentos se hallaron muchos de los personajes que habian figurado en los períodos constitucionales: entre los próceres, Valdés, Alava, Palafox, Quintana, el duque de Rivas, Cano Manuel, Morillo, y el general Castaños, duque de Bailén, como presidente: entre los procuradores, el eminente Argüelles, el conde de Toreno, Alcalá Galiano, Istúriz, Moscoso de Altamira, Trueba y Cosío, Gonzalez y Caballero. Esta inauguracion de un régimen constitucional inspiró halagüeñas esperanzas en todos los españoles que deseaban un cambio en la desacertada marcha política del anterior régimen, y dulcificó en cierto modo la amargura de la perspectiva de una guerra civil que era ya segura é inevitable.

Por este mismo tiempo el terrible azote asiático, el cólera-morbo, se dejó caer sobre Madrid sembrando el luto y la desolacion por todas partes. La ignorancia del vulgo, que acostumbra á atribuir á causas humanas y palpables todos aquellos efectos que no acierta á esplicar satisfactoriamente por medio de la ciencia de cuyas luces carece, hizo que se estendiera entre el pueblo bajo la absurda voz de que los frailes eran la causa única de aquella espantosa mortandad, y que aquellos fanáticos religiosos que odiaban al pueblo madrileño por su liberalismo, hacian envenenar las fuentes públicas para concluir con sus enemigos. Tomó tanta consistencia este funesto error, que enardecido el pueblo principió á clamar venganza. Ocultos instigadores sin duda propalaron tan absurdos rumores y dirijieron á las turbas crédulas y sencillas contra los conventos de los frailes. Inadvertida siguió la muchedumbre á ciertos guías misteriosos, y frenética y llena de un coraje sangriento, atacó primero el colegio de los jesuitas, situado en San Isidro, en la calle de Toledo: forzaron los sitiadores las puertas, invadieron los cláustros y pasaron á cuchillo en breves instantes á cuantos jesuitas hallaron en sus celdas, saqueando despues el convento. Igual suerte alcanzó á seguida al convento de San Francisco el Grande, y al de los Dominicos de Santo Tomás, donde fueron bárbaramente asesinados sus moradores, ora se defendieran, ora inermes implorasen piedad á aquellas turbas ébrias de sangre y de pillaje. Con asombro general de todas las personas sensatas, las autoridades permanecieron tranquilas, ya fuese por miedo á la irritada muchedumbre, ya fuese por indiferencia, por falta de medios para obrar ó por otra causa; solamente despues de pasados tan horribles desórdenes, se abrió un proceso que ninguna luz dió por último sobre aquellos atroces atentados, tan indignos de los sentimientos de un pueblo culto. Lo cierto es que la primer página de la Revolucion española se manchó de una manera indeleble con sangre, sangre tal vez inocente.

La primitiva causa de estos asesinatos no debe buscarse en los supuestos envenenamientos de las fuentes: si no hubieran existido otras causas de origen más antiguo, el pueblo madrileño no se hubiera dejado arrastrar á tales escesos. Pero existia un motivo de ódio por parte de los liberales hácia el clero todo, y en es-